

EBERSTEINBURGO.



Satanás enfurecido se precipitó desde lo alto de la roca.

I.

EL PULPITO DEL DIABLO.

Remontando el Graven se llega al puente de madera echado sobre el Rotembach, uno de los ríos mas caudalosos

SEGUNDA SERIE.—1867.

que bañan las praderas de Baden. Allí se deja á la izquierda el camino de los Turcos, llamado de esta manera en recuerdo de los prisioneros hechos en otro tiempo por un margrave de Baden, y condenados á abrir aquel camino en medio de las montañas.

Hállase al frente la vieja carretera de Gerusbach, que bien pronto se abandona para seguir una pintoresca

AÑO XXV. 25

senda, que serpenteando graciosamente conduce al pié de una elevada roca que domina la vereda y el camino trazado en el fondo del valle. Esta roca, cubierta de diferentes arbustos, de musgo y pintadas florecillas, y no dejando descubierta mas que su cima cuadrada, es la que tiene por nombre *El Pulpito del Diablo*.

Hace algunos años, sin que sea dable fijar con exactitud la época, Satanás, aburriéndose en los infiernos, tuvo el buen gusto de hacer un viaje á Baden. Seducido por la maravillosa belleza del paisaje resolvió apropiarse parte del margraviato para construir una quinta de verano.

Sin embargo, viendo un domingo á los habitantes de aquellos contornos dirigirse á Misa y á Vísperas, y oyendo resonar las campanas de la iglesia próxima, Satanás pensó que tal vez sería mal acogido por una poblacion que tanto adoraba al Supremo Creador.

—Yo seduciré á estas gentes, se dijo despues de algunos instantes de reflexion, yo los dominaré á todos, y cuando sean mis súbditos, no tendré ya nada que temer y seré aqui el mas dichoso de todos los diablos, lo cual no es poco decir.

Así, pues, una noche sombría y tempestuosa, Satanás de pié sobre la roca que habia escogido por asilo, llamó á sus satélites y les mandó labrar en la estremidad de la peña un gran pulpito, desde el que pudiera predicar con toda comodidad. Concluida la obra, hizo edificar misteriosamente una ermita, en la que se instaló vestido de ermitaño.

Al otro día, cuando los aldeanos salian á sus faenas campestres se asombraron al ver aquella santa capilla, en la que oraba un monje que tenia todo el aire de un bendito.

Satanás desempeñó el papel admirablemente, y era preciso reconocer en él las cualidades de un gran cómico. Subió al pulpito y empezó á predicar. Como, segun hemos dicho, estaba situado en lo alto de una roca, dominando gran parte del país, y así mismo como el orador poseía una voz estentórea y de sonoro timbre, se le oía á tres leguas á la redonda. El auditorio acudia presuroso de todas partes y encontraban para escuchar al monje, cómodos asientos sobre el verde musgo, hábilmente preparados por los secretos obreros de Satanás.

Los sermones de éste agradaban, necesario es confesarlo. Amenizaba sus discursos con graciosas historias, pintando el desarrollo de las pasiones de una manera incitante y bella, desenvolviendo con lucidez las gratas delicias de los pecados capitales; en fin, como los hombres y las mujeres son fáciles de pervertir y la doctrina del monje era, despues de todo, bastante seductora, bien pronto logró dominar por completo las inteligencias de los sencillos campesinos. Algun tiempo mas y la poblacion de Baden, que comenzaba á gustar las dulzuras del fruto prohibido, se hubiera condenado sin rémedio.

Por fortuna el Arcángel San Miguel, que tambien habia tenido el deseo de pasearse por aquel hermoso país, oyó las predicaciones de Satanás, tuvo piedad del error en que vivian aquellos desgraciados, y durante una hermosa noche hizo fabricar otro pulpito sobre una roca tan elevada como la del ángel de las tinieblas, que se alzaba frente por frente.

Cuando Satanás se puso á predicar el Arcángel subió á su cátedra y empezó á contestarle.

Irritado el diablo de este intempestivo ataque empleó todos los medios posibles para que el auditorio hiciera ca-

llar y desaparecer al nuevo predicador; pero la elocuencia dulce y persuasiva de San Miguel consiguió muy luego volver al rebaño santo de la religion á aquellas ovejas descarriadas, que furiosas á su vez de haber sido engañadas por el diablo empezaron á arrojar sin piedad cuanto hallaban á mano contra el falso ermitaño, á quien la tarde anterior adoraban y escuchaban con tanta devocion.

Satanás enfurecido al ver que ya no podia sostener el combate, hizo mil pedazos el pulpito, dándole una descomunal patada, y despues se precipitó de un salto á la tierra, que se abrió para dejarle aposentar en sus entrañas.

Desde entonces se ha guardado muy bien el diablo de aparecer en el territorio de Baden, pero la huella de su pezuña y cuernos ha quedado impresa para siempre en la parte baja de la roca.

II.

EL NIDO DEL AGUILA.

Dejando el pulpito de Lucifer, la senda forma una curva completa para venir á pasar por debajo del pulpito del Arcángel, colocado tan enfrente del otro, que podria creerse sin gran esfuerzo que un temblor de tierra habia partido la roca en dos mitades iguales.

Cruza por entre ambas un pequeño sendero que sube hasta la cima del Mercurio; pero abandonándole se encuentra bien pronto el antiguo camino de Gerusbach, y tomando á la izquierda se va derecho á la garganta de los Lobos, profundo barranco á manera de precipicio, en el fondo del cual serpentea un cristalino arroyuelo, sobre un lecho de verde yerba. Aridas piedras se distinguen en lo alto y en la cima de una de ellas hay colocada una cruz, triste recuerdo de la muerte de algun infeliz derrumbado al fondo del peñascal.

Dos escaleras talladas con gran trabajo, permiten pasar al otro lado del barranco. Allí se estiende una hermosa llanura atravesada por el camino que conduce á Ebersteinburgo.

Esta via construida con gran perfeccion, conduce de la base á la cima de una florida montaña de mas de seiscientos metros de alta. Espléndidos paisajes se estienden ante la vista del atónito espectador que recorre las vueltas de la senda. Baden, sus cercanías, los rios, las montañas, los pueblos y las ciudades, forman un conjunto admirable y que causa verdadero encanto. A medida que se asciende los puntos de vista se ofrecen mas esplendidos y agradables.

Inmediato á la cumbre, se halla un pequeño pueblo recostado dulcemente en la vertiente del monte; es Ebersteinburgo, rozando sus casas con las verdes hojas de corpulentos árboles y envueltas en la fresca sombra proyectada por ellos. Nada mas encantador que la vista de semejante aldea cuando al terminar una de las revueltas, aparece á lo lejos el airoso campanario de su iglesia.

En Ebersteinburgo concluye el camino y es preciso subir á pié la pendiente senda que conduce á la cresta de la montaña, sobre la cual se distinguen las ruinas del castillo.

Aun son magnificas y muy dignas de ser visitadas. De lo alto de la vieja torre se descubre un horizonte inmenso, y el panorama que abarca la vista, deleitando los sentidos embarga el ánimo ante la contemplacion del sorprendente espectáculo que admira.

Los restos de la murallas que aun se conservan, hacen comprender la importancia que tendria en otro tiempo este formidable castillo, cuyo origen es muy extraño, por mas que su leyenda no tenga nada de fantástica y sea por el contrario sumamente verdadera. Héla, pues, segun la tradicion ha podido conservarla.

A fines del siglo XI, habia en el país de Baden, un gran señor, animoso caballero, cuyo nombre era Eberstein: de carácter arrojado é intrépido ocupaba en la caza de al-
tanería las pocas treguas que la guerra le dejaba disfrutar. Cierta mañana pasando al pié de un elevado monte, vió dos águilas que despues de haber descrito mil círculos sobre la cumbre, desaparecieron por entre las piedras mas altas.

—¡Oh! exclamó parando su caballo, las águilas tienen su nido allá arriba, subamos. Y seguido de sus pajes y monteros, avanzó por el ágrío repecho llegando antes que ninguno al pié de la inmensa y árida roca que dominaba la cima; trepó hasta la cresta y allí distinguió una especie de plataforma en la que las águilas habian establecido su vivienda. Alarmadas en presencia de aquel enemigo inesperado, le atacaron violentamente; pero el señor de Eberstein, cazador tan hábil como atrevido, mató á las dos, llamando á sus criados despues, para que se llevaran los polluelos que deseaba ofrecer como testimonio de rendimiento y bravura á su noble dama.

En aquella época de feudalismo, las luchas incesantes de los señores entre sí ó contra sus monarcas, les hacian escoger para moradas, puntos inaccesibles y defendidos mas bien por la naturaleza que por la mano del hombre.

El lugar donde se encontraba, llamó la atención de Eberstein y clavando su espada en una hendidura del terreno exclamó:

—Voy á hacer construir aquí un castillo inespugnable.

Algunos dias despues los trabajadores ocuparon aquel terreno y comenzó la construccion del castillo, que bien pronto quedó concluido.

Las ruinas de esta fortaleza edificada sobre el nido de un águila, son las que visita hoy dia el viajero, y á ellas pertenecen los hechos que vamos á referir á nuestros lectores.

III.

EL SITIO.

De todas las familias del margraviato, la mas noble y la mas justamente renombrada era sin duda alguna la de Eberstein. Durante dos siglos, padres é hijos se habian portado como valientes, y su reputacion en la guerra y en los torneos, habia hecho palidecer á sus desdichados rivales. Fieros, bravos, indómitos, poderosos y atrevidos, los condes de Eberstein, reinaban á su libre albedrío en toda la comarca.

Cuando Othon reinaba en Alemania, tres jóvenes, tres hermanos, habitaban la mansion feudal de que vamos hablando: eran huérfanos y solteros: Enrique, Jacobo y Eduardo, se los nombraba. Amábanse entrañablemente hasta el punto de no separarse jamás.

A los tres condes se los conocia, segun costumbre de la época, por el sobrenombre que les habia valido la diferencia de sus caracteres.

Al mayor, Enrique de Eberstein, de una fuerza y de un valor sin par, le apellidaban *El Leon*. Al segundo, Jacobo, por su ingenio sutil y precavido, le distinguian con el

dictado de *El Zorro*, por último, el tercero, Eduardo, habia recibido desde la infancia el dictado de *El Angel*, á causa de su encantador rostro y la dulzura de su carácter.

Unidos mas bien por un íntimo cariño que por los vínculos de la sangre, los tres hermanos alcanzaban un poder que hasta entonces jamás disfrutó la casa de Eberstein.

Othon, declarado recientemente emperador del santo y romano imperio, habia sido acogido por todos y en todas partes y reconocido como señor, á escepcion de dos puntos: la ciudad de Strasburgo y los señores de Eberstein que rehusaron rendir pleito homenaje al nuevo emperador.

Este declara rebeldes á una y otros, y poniéndose á la cabeza de sus tropas marcha sobre Strasburgo. La ciudad dirigida por su obispo, se apresura á someterse no bien el emperador se acerca, y satisfecho de este primer resultado, Othon se dispone á conquistar el castillo de Eberstein; pero comprendió bien pronto que no venceria tan fácil á los condes como habia sometido á los ciudadanos.

Los castellanos reunieron sus hombres de armas, y almacenando víveres y agua en abundancia se mantuvieron tan firmes que pasó un año sin que el ejército imperial alcanzase la menor ventaja. Desde lo alto del castillo hacian rodar grandes piedras cuando los sitiadores se aventuraban á dar el asalto, volviendo diezmadás á sus cuarteles las tropas que por su mal acometieron tal empresa. Otro año habia transcurrido sin que las gentes del soberano obtuvieran ninguna ventaja, y este sitio preparado por las fuerzas de un emperador y defendido por tres jóvenes que apenas tenian á su lado trescientos hombres, era una gloria inmensa para los condes de Eberstein y una afrenta constante para el sucesor de los Césares.

La vigorosa resistencia de los sitiados les habia conquistado la admiracion y el cariño de sus mismos adversarios.

La encantadora Hedwige, la joven hermana de Othon, sin conocer á los condes, tomó por ellos el mas vivo interés, y suplicaba á su hermano les concediese gracia, desistiendo de hacerles guerra; pero la sacra magestad no se prestaba á ello y su impotencia aumentaba su cólera.

Una tarde se encontraba cerca de él, uno de sus consejeros que poseia toda su confianza; se llamaba el baron Bernardo Schwartzbach, ingenio atrevido y cortesano en toda la estension de la palabra.

Othon se quejaba amargamente diciendo:

—¡Oh! ¿será preciso que me retire, que yo, emperador de Alemania, me declare vencido por tres de mis vasallos? Semejante humillacion es imposible.... ¿Qué haré?.... Yo concederia cuantas gracias me pidiera á quien me sacara de tal embarazo.

Bernardo se adelantó lentamente, miró al emperador é incluíndose le dijo:

—Señor ¿qué deciais?

—Digo, repitió el emperador, que daria lo que me pidiese al que consiguiera hacerme dueño de los tres condes.

—¿Todo lo que pidiese? repitió Bernardo con codicioso rostro.

—Sí, todo.

—¿Hasta el título de duque?

—Ciertamente.

—¿Le nombraríais primer ministro?

—Le nombraría.

—¿Le consentiríais formase parte de vuestra familia?

—¡Ah! exclamó el emperador comprendiendo, mi hermana, la princesa Hedwige....

—Justamente. Al que os haga dueño del castillo de Ebers-

tein y de los tres condes ¿le dareis la mano de vuestra hermana?

—Si pertenecía á una gran familia, sí. ¿Pero dónde está el hombre de que me hablas?

—Delante de vos, señor.

—¿Tú! ¿Tú me harás dueño de Eberstein?

—Sí.

—Cuándo.

—Antes de quince días.

—¿Cómo?

—No se lo puedo explicar á V. M.: lo que únicamente le pido, es que apruebe de antemano los medios de que yo me valga para conseguir el objeto deseado.

—¿Sin conocerlos?

—Sí; y necesito además que V. M. consienta en hacer durante quince días todo lo que yo le prescriba.

El emperador reflexionó, y tomando despues la mano de Bernardo se la estrechó cariñosamente diciendo:

—Te creo, consejero fiel: conozco tu astucia y de lo que eres capaz; escucha pues: si dentro de quince días, á contar desde hoy, soy dueño del castillo, si mi bandera flota sobre la torre del homenaje envolviendo en sus pliegues los cuerpos de los condes pendientes de una horca, serás duque, serás ministro, y mi hermana se llamará esposa tuya; pero si á los quince días el castillo está todavía en poder de los condes, serás tú quien sea ahorcado á la vista de mi ejército.

—Prometédme, señor, que durante estos quince días vuestra majestad hará todo lo que yo disponga.

—Te lo prometo, dijo Othon.

—Entonces acepto las condiciones, exclamó Bernardo.

El emperador se aproximó á un reclinatorio sobre el cual habia un crucifijo, y estendiendo la mano ante la sagrada imagen:

—Yo juro, exclamó, guardar las promesas que acabo de hacer.

IV.

LOS TRES CONDES.

Estaba amaneciendo: los débiles resplandores de la aurora apenas dejaban distinguir vagamente los objetos, y solo cuando el sol empezó á estender sus brillantes rayos sobre la soñolienta fortaleza, pudo verse á Enrique de Eberstein, que desde lo alto de la torre del homenaje, estendia sus inquietas miradas por la llanura donde tenian su campamento las tropas de emperador.

De pronto el rostro del señor feudal, se conmovió con un movimiento de admiracion, y siguió mirando mas atentamente las maniobras de los enemigos.

Era Enrique de Eberstein, alto, grueso, de formas hercúleas, larga melena, en una palabra, el sobrenombre de *Leon*, le cuadraba perfectamente. Absorto en su contemplacion, no salió de ella hasta que una mano delicada y fina, vino á apoyarse dulcemente sobre su hombro. Volvióse bruscamente Enrique y vió cerca de sí á su hermano menor, que apenas tendria veinticinco años: de bello rostro, talle esbelto y gentil figura: no era extraño el dictado que llevaba, pues lo merecia su distinguido y candoroso porte. Al verle Enrique sonrió dulcemente.

—¿Qué miras? exclamó el joven abrazando á su hermano.

—Miro y veo, mi querido Eduardo, cosas bien extrañas, pero que no me sorprenden.

—¿Qué cosas?

—Míralas: y Enrique señaló al campamento imperial.

—Virgen Santísima, exclamó Eduardo despues de haber mirado, ¿qué es lo que acontece á nuestros enemigos? Todos los caballeros rodean la tienda de Othon, ¿intentarán un nuevo asalto? ¿Que vengan, y vive Dios, que los recibiremos como merecen!

—No vendrán, hoy al menos, replicó Enrique, moviendo la cabeza; mas bien que preparativos de ataque, me parecen preparativos de marcha.

—¿De marcha? ¿Quién?

—El emperador. ¿No ves todos sus caballos y todos sus escuderos que le aguardan, y la escolta preparada en el camino?

—Es verdad, dijo Eduardo cuyos ojos brillaban de alegría. El emperador abandona el sitio, convencido de que no puede vencernos.

—Va á dejarnos libres, viendo que no nos puede apresar, exclamó Enrique.

—Va á tendernos un lazo en el cual caeremos, exclamó otra voz.

Era Jacobo de Eberstein, que aparecia sobre la plataforma en aquel momento.

—¿Qué es lo que has dicho? exclamó Enrique asombrado.

—Digo, replicó Jacobo aproximándose, que esta partida del emperador se hace de una manera demasiado ostensible para no ocultar alguna secreta intencion, de la cual debemos desconfiar y defendernos.

—¡Bah! exclamó el *Leon*, si se va, es que no quiere atacarnos.

—De frente, dijo Jacobo, es posible, pero por la espalda....

—No, replicó Eduardo, el emperador Othon es nuestro enemigo, pero es demasiado noble para engañarnos.

—En la guerra, hay quien considera bueno cualquier doblez.

Apenas habia dicho estas palabras Jacobo, cuando el sonido de una trompeta retumbó en el castillo.

—¿Qué ocurre? exclamó el *Leon*.

—Vamos á saberlo, dijo vivamente Jacobo, viendo aparecer por la escalera á un escudero completamente armado. El cual se adelantó y saludando respetuosamente dijo:

—Señores, un heraldo de armas enviado por el emperador Othon, acaba de llegar y solicita ser admitido á vuestra presencia.

—Que entre en la sala de honor y que nos espere, respondió Enrique.

El escudero partió, y los tres hermanos se miraron.

—¿Qué significa esto? dijo Enrique.

—Es preciso saberlo, contestó Eduardo.

—O adivinarlo, si no se sabe, añadió filosóficamente Jacobo, y los tres penetraron en la sala de honor, donde con toda solemnidad les esperaba el heraldo.

Sobre un pequeño estrado, habia tres magníficos sillones con las armas de los condes, colocóse Enrique en medio, Jacobo á la derecha y Eduardo á la izquierda.

Hubo un momento de silencio, y el heraldo abanzando hacia el estrado

—Señores condes, dijo, vengo en nombre del muy grande, muy alto y muy poderoso emperador del sacro y romano imperio, su majestad Othon I.

—¿Y qué te ha encargado para nosotros el ilustre emperador? dijo Enrique.

—Que S. M. marcha á Spira para celebrar en medio de grandes fiestas, el aniversario de su nacimiento, respondió el heraldo. Durante un mes se suspenderán las hostilidades, y S. M. magnánima me ha encargado dar á los señores condes de Eberstein un salvo-conducto que les permita durante este mes salir de su castillo y marchar sin peligro por donde mejor les plazca. Además, S. M. el emperador Othon, me ha dado orden de invitar en su nombre á los señores de Eberstein, para que vayan á tomar parte en los torneos y juegos de armas que tendrán lugar en Spira durante dichas fiestas.

Concluido este discurso, el heraldo marchó. Los condes aceptaron el armisticio y enviaron una respuesta afirmativa al emperador.

El ofrecimiento de Othon no dejaba de ser muy agradable á Enrique y á Eduardo. Los dos años que duraba el sitio habian sido dos años de reclusion forzosa. El armisticio era la libertad. Podrian bajar á la llanura, visitar á los vecinos, gozar en fin, de todo. Solo Jacobo parecia inquieto y descontento.

El mismo dia el emperador Othon abandonaba el campo acompañado de su gente, y se dirigia hácia el Rhin, no dejando alrededor del castillo mas que un pequeño número de soldados, que los sitiados hubieran podido destruir fácilmente. Este proceder infundió completa seguridad á los hombres de armas de los condes, que tambien deseaban encontrarse libres. Por la tarde, los tres hermanos comian viveres frescos de que habian estado privados largo tiempo.

—¡Bah! exclamó Enrique levantando la copa, iremos á Spira!

—¡A Spira! dijo vivamente Jacobo, ¡oh, no!

—¿Y por qué? pregunto Eduardo.

—Hay un armisticio, indicó Enrique.

—Y un salvo-conducto, añadió Eduardo.

—Por otra parte, replicó el Leon, se nos ha dado una palabra. ¿Por que, si el emperador fia en nuestra lealtad, no hemos de fiar nosotros en la suya?

—Nosotros hemos conseguido la gloria, mientras que él ha recogido la vergüenza, exclamó Jacobo. Othon no ha podido vencernos, y no nos lo perdonará jamás.

—Pero no osará faltar á su juramento, gritó Eduardo.

Jacobo movió la cabeza en señal de duda.

—Veo un lazo en este súbito cambio de un príncipe que habia jurado hacernos ahorcar.

—Además, replicó Eduardo, habrá torneos y hace tanto tiempo que no he roto una lanza en liza, que seré dichoso de poder triunfar en semejante fiesta.

—Sí, exclamó Enrique, venceremos á los campeones del emperador, y las nobles y hermosas damas allí reunidas, nos darán el premio de nuestro atrevimiento y de nuestro valor.

—¡Vamos á Spira! gritó Eduardo.

—Sea, replicó Jacobo, con aire resignado, os acompañaré, mis queridos hermanos.

V.

LOS TORNEOS.

Spira, como llamaban los romanos, á esa gran ciudad de treinta mil habitantes, se halla convertida en pueblo de tres mil, y sin embargo, todavía es un lugar ilustre. Iba á celebrarse el primer torneo dado por Othon, y de ahí que

en ella se hubiera reunido toda la población del campo y de las aldeas vecinas.

Las fiestas fueron espléndidas. Los dos dias mas brillantes fueron el primero, ó sea el del torneo, y el segundo ó sea del tiro de ballesta. El premio del torneo consistia en una bolsa con cien florines de oro ofrecidos por el emperador, y el del tiro en un lazo bordado por la bella Hedwige, hermana de Othon. El dia del torneo, Enrique y Eduardo vencieron á cuantos campeones entraron en liza, y por lo tanto el primero recibió el premio de los cien florines de oro. En el tiro de ballesta tuvo la dicha Eduardo de alcanzar el premio ofrecido por la princesa. Eduardo, cuya gracia, elegancia y bravura habia seducido á los espectadores, y sobre todo á las espectadoras, avanzó hácia el estrado donde estaba sentada la bella Hedwige, que era una encantadora joven de lánguidas miradas, de dulces palabras, indulgente y generosa.

Cuando Eduardo llegó delante del estrado, una súbita emoción se pintó en su rostro. Jamás se habian hablado, y sin embargo, al encontrarse sus miradas habian producido esa conmoción extraña que une para siempre á dos corazones. Eduardo se arrodilló delante de la princesa para recibir el premio. Cogió el lazo y colocándole sobre su corazón, usando del derecho de caballero victorioso, estrechó la mano de la princesa y se la besó con mas pasión que respeto. Las mejillas de esta se cubrieron de rubor, se levantó, y sin retirar la mano que le tenia cogida el caballero, le condujo segun lo exijia la fórmula, al pie del trono que ocupaba el emperador. Cuando la multitud vió atravesar la arena al encantador grupo, frenéticas aclamaciones se elevaron por todas partes y saludaron su paso. Othon acogió cariñosamente al vencedor y colocándose á la derecha del trono la princesa, se encontró en presencia del baron Bernardo Schwartzbach: no pudo menos de temblar. Las miradas del baron fijas sobre Eduardo tenian una espresion de odio indefinible.

Hacia algunos dias, que inquieta la princesa por algunas palabras indiscretas de su hermano y por los continuos cariñosos cuidados que la prodigaba el baron, habia comprendido una parte de la verdad. La mirada de Bernardo no la dejaba ya duda alguna.

Por la noche habia gran baile en palacio, y antes de él Hedwige tuvo una conversacion con Othon y pudo con suma habilidad, arrancarle el terrible secreto que habia presentado.

Tomó desde luego su partido y por la noche eligió á Eduardo por caballero, y durante el baile le anunció, con la sonrisa en los labios, el peligro que amenazaba á él y á sus hermanos.

—Sereis presos esta noche, y al mismo tiempo el baron partirá con sus hombres, sorprenderá á Eberstein y se apoderará de él.

—Gracias, exclamó Eduardo, nos habeis salvado el honor y la vida, mi corazón y mi existencia os pertenecen.

El baile concluyó, fué Eduardo á buscar á sus hermanos, y encontrándolos en un sitio apartado les refirió cuanto ocurría.

—Es preciso matar á ese hombre, exclamó Enrique.

—Calma, replicó Jacobo, astucia contra astucia. Lo que nos cuenta Eduardo lo habia adivinado y tengo tomadas todas mis medidas para salvarnos y vengarnos.

—¿De veras?

—Sí, respondió Jacobo. Ahora volved al baile, evitad caigan en sospecha de que lo sabemos todo y dejadme hacer.

Enrique y Eduardo tenían ciega confianza en su hermano, entraron en el salón y se confundieron con la multitud, acercándose Eduardo á la princesa tan solo un momento, para dejarla tranquila sobre el porvenir. Concluida la fiesta se retiraron los condes á la pieza que les habían preparado, después de ser despedidos de una manera afectuosísima por Othon.

Cuando se encontraron solos:

—Y bien, exclamó Enrique.

—Partiremos antes de una hora, contestó Jacobo.

—¿Por qué no antes?

—Porque es necesario dejar que nuestros contrarios se anticipen para proceder nosotros con seguridad. Además en este momento debemos estar rodeados de centinelas.

Eduardo corrió hacia la puerta:

—Es verdad, exclamó, estamos encerrados.

Enrique que se había asomado á la ventana, dijo:

—Hay centinelas que velan y soldados que guardan el jardín.

Algunos instantes después se oyó un gran ruido.

—Será el barón que marcha con sus gentes para apoderarse de Eberstein, dijo Jacobo.

—¡Ira de Dios! exclamó Enrique, ¡y nos estamos aquí quietos y tranquilos!

—Paciencia, contestó Jacobo, llegaremos antes que él.

Un silbido resonó en el jardín.

—Venid, dijo vivamente Jacobo.

Los tres condes pasaron á una pequeña pieza; Jacobo abrió la ventana y se oyó un segundo silbido.

—Bajad, dijo Jacobo á sus hermanos.

—Pero hay un soldado que guarda esta ventana, exclamó Eduardo.

—Es mi escudero Conrado, que ha muerto al centinela y se ha puesto en su lugar, contestó Jacobo.

—¡Ah, gracias, Dios mío! exclamó Enrique saltando de la ventana.

Jacobo y Eduardo bien pronto estuvieron al lado de su hermano. El primero indicó que le siguiesen y atravesó rápidamente el jardín. A la estremidad de éste abrieron una puerta y se encontraron tres magníficos caballos preparados para partir, y un poco más allá algunos hombres de armas dispuestos á acompañarlos. Cabalgaron los tres condes partiendo al galope.

—Lo habías dispuesto todo admirablemente, repuso Eduardo.

—Sí, respondió Jacobo, solo que estos preparativos me han costado los cien florines de oro ganados por Enrique. Me parece que está bien gastado el dinero; el mismo emperador nos ha proporcionado la huida.

—Es verdad, contestó Enrique sonriendo, la justicia de Dios le ha castigado, mientras mi espada deja de hacerlo.

—¡Oh! dijo vivamente Eduardo, al que es preciso hacer desaparecer para siempre, es al barón, á ese infame que ha osado urdir tan horrible traición. Debe morir y morirá á mis manos.

—¡Oh! á las mías, exclamó Enrique.

—No, hermano, he hecho juramento de matarle y le mataré, replicó Eduardo.

Se oyó un nuevo silbido y los condes se pararon.

Un hombre salió de pronto de entre la maleza; se acercó á Jacobo y le habló rápidamente.

—Bien, dijo Jacobo.

El mensajero desapareció.

El barón y su gente están á media legua de nosotros en

la dirección de Gernersheim por donde pasarán el Rhin.

—¿Tú lo sabes! exclamó Enrique maravillado.

—Sí, durante todo el camino, tendremos noticias exactas de por donde van nuestros enemigos; he tomado mis medidas al efecto.

—Tú eres el más hábil de los tres y tienes bien ganado el sobrenombre de Zorro.

—Marchemos apresuradamente, dijo Jacobo, ganemos por la mano á nuestros enemigos, atravesemos el Rhin por Herdt, donde un barco nos espera, y en la otra orilla encontraremos caballos descansados.

Eduardo que se había quedado un poco atrás, sacó el lazo bordado por las lindas manos de la princesa y dándole un apasionado beso dejó escapar un dulce suspiro de su enamorado corazón; después picó espuelas y acercándose á sus hermanos:

—A vencer ó morir, exclamó.

VI.

EL BARON DE SCHWARTZBACH.

De Spira á Baden, por el camino que corre á lo largo del río, habrá lo menos de treinta á treinta y cinco leguas: por más que apresuraran la marcha el barón y sus gentes no podían hacer este trayecto en menos de veinticuatro horas, á pesar de lo que les importaba terminar cuanto antes este negocio de tanta trascendencia; por otra parte no dudaba ni un momento del satisfactorio resultado de su expedición el traidor; los condes, según creía, debían estar presos en aquel momento en el palacio de Spira y el castillo de Eberstein se hallaría bastante mal guardado.

Llevaba consigo veintiocho caballeros de gran fama y una compañía de arqueros; formando entre todos un conjunto de seiscientos hombres. Salieron de Spira á media noche y atravesaron el Rhin al romper el alba.

—Llegaremos al castillo cuando ya haya cerrado la noche, decía Bernardo á un caballero amigo suyo que cabalgaba á su lado. Los guardias que existan en el castillo no sabrán nuestra llegada y esta noche podremos escalar las murallas, y al amanecer de mañana nuestra bandera victoriosa flotará en la torre.

—¿Y los tres condes? preguntó el caballero.

—Los harán salir de Spira fuertemente atados y con buena escolta, y mañana serán ahorcados en la torre de su propio castillo. Mañana también vence el día quince y Eberstein será nuestro; pasado mañana seré duque, ministro, conde del rey y mi descendencia entonces será de sangre real.

Según había dicho el barón, por la noche llegaron al pie del castillo; todo estaba preparado para el ataque; á media noche dióse la señal y empezó el asalto sin ruido alguno. El silencio reinaba por todas partes y el castillo parecía completamente abandonado. Uno de los exploradores vino á decir al barón que las puertas estaban abiertas y sin ningún centinela, hizo avanzar á su gente cuanto pudo y él acompañado del guía fué á reconocer el terreno. Se dirigieron hacia la puerta principal que efectivamente estaba abierta, sin descubrir por ninguna parte alma viviente.

El barón después de haber examinado atentamente todos aquellos sitios, ordenó al guía pasara de la puerta y penetrara en el patio teniendo gran cuidado para no producir la menor alarma.

El guía arrastrándose y con mil precauciones desapareció en el interior. Diez minutos después, volvió al lado del baron y le dijo en voz baja:

—Todo se explica, monseñor; en medio del patio hay un gran tonel vacío y varios hombres tendidos en el suelo roncan y duermen profundamente. En ausencia de sus dueños se conoce han procurado dar un asalto á la bodega de los condes.

—¿No hay ninguno en pie? exclamó el baron.

—Ninguno.

—¿Están borrachos?

—Los que hay allí, sí.

—¿Y los otros?

—No he visto á nadie mas.

El baron se reunió á sus compañeros y un instante después caballeros, arqueros y hombres de armas penetraron en la bóveda que servía de entrada al castillo, lentamente y dispuestos lo mismo al ataque que á la defensa.

Eberstein tenía dos murallas bastante separadas entre sí, y por lo tanto la bóveda que era muy larga contaba tres puertas sucesivas. La primera colocada sobre los fosos, la segunda en medio de la bóveda, y por último, la tercera comunicaba con el patio que daba entrada al castillo. La vanguardia de las gentes del baron llegaron á esta puerta cuando el último de los soldados atravesaba la primera: gozosos marchaban todos de éxito tan brillante y ya se creían vencedores, cuando de repente un terrible ruido de cadenas retumbó en la bóveda y antes que hubiera podido intentarse una retirada, la puerta de entrada se cerró bruscamente siendo inútiles cuantos esfuerzos hicieron para abrirla.

—Adelante, gritaron los caballeros lanzándose al interior; pero en el momento que los soldados obedecían la orden, cerróse la puerta que daba al patio quedando por lo tanto prisionera aquella tropa, en el tránsito formado por la bóveda entre ambas puertas.

Solamente el baron y otros tres caballeros habían podido penetrar en el patio: al instante mismo se les presentaron muchos hombres de armas y á su frente tres caballeros armados que ostentaban en su escudo el blason de los señores de Eberstein, y que no eran otros que los tres condes.

El acontecimiento se había llevado á cabo con tal rapidez que toda defensa era inútil para la tropa encerrada en la bóveda.

Enrique de Eberstein, en su calidad de jefe, se adelantó el primero y acercándose á los tres caballeros que estaban delante de él con la espada desnuda:

—Entregad vuestras espadas, señores, dijo, y ningún mal se os hará.

Los caballeros se miraron dudando, pero como los hombres de armas de los condes les rodeaban, la duda era tan inútil como la defensa. Los caballeros bajaron la cabeza y entregaron sus espadas al conde Enrique de Eberstein. Enrique las tomó y con un gesto lleno de nobleza, desenvainó su acero, pidió á Jacobo y Eduardo los suyos, y volviéndose á los prisioneros exclamó:

—Señores, hemos tomado vuestras espadas, servios aceptad las nuestras; no se desarma de otra manera á tan bravos caballeros.

Los que conmovidos por una acción tan generosa hicieron un profundo saludo.

—Señores, continuó Enrique, dadme vuestra palabra de honor que no pensareis en huir y estareis en el castillo

libremente, sereis nuestros huéspedes y procuraremos complacerlos. Uno de los caballeros se adelantó y estrechando la mano de Enrique, dijo.

—Vuestra generosidad es la de un alma noble y elevada, seremos vuestros huéspedes mientras vos lo querais, pero debo advertiros que no somos los únicos nobles prisioneros en esta jornada.

—Todos los caballeros, respondió Enrique, serán tratados de la misma manera y con las mismas condiciones. Los arqueros y los hombres de armas son los que quedarán prisioneros únicamente. En cuanto al vil é infame que no ha retrocedido ante la vergüenza de una traición tan baja y que ha caído en el mismo lazo que nos tendía, morirá como quería hacernos morir, á la misma hora y en el mismo lugar.

A un gesto de Enrique, cuatro ballesteros que rodeaban al baron, se acercaron á él, le desarmaron y le ataron fuertemente. Bernardo no dió un grito ni pronunció una sola palabra.

Enrique se volvió á Eduardo, diciéndole:

—Ese hombre te pertenece.

—No, replicó Eduardo, pertenece al verdugo, mas valdria romper mi espada que mancharla con la sangre de un villano y un traidor.

VII.

OTHON.

Al día siguiente, ó sea á los quince de haber jurado el baron apoderarse del castillo de Eberstein y de hacer ahorcar á los tres condes, en el momento en que el sol aparecía en el horizonte, el sonoro ruido de los clarines, anunció la llegada al campo del emperador Othon, el cual á pesar de la huida de los prisioneros, conservaba la esperanza de que el baron hubiera podido anticiparse á realizar su plan y que la bandera del imperio flotaría triunfante en lo alto de la torre; pero no duró largo tiempo la ilusión: el estandarte de los Eberstein ondeaba brillantemente en lo elevado del castillo y allí mismo se balanceaba el inanimado cuerpo de Bernardo de Schwartzbach, ahorcado en aquel momento.

Othon sintió enrojecer su rostro de humillación.

—¿Cómo saldré de este vergonzoso negocio! decía. Si hubiéramos conseguido nuestro objeto, la traición se hubiera disimulado, pero hemos errado el golpe, y todo se ha perdido; además es preciso reconocer que los condes son caballeros valientes, bravos y decididos. ¿Por qué no pertenecerán al número de mis amigos? Es necesario sitiarnos por hambre.

Efectivamente, este era el único medio de reducirlos, la cuestión era de tiempo, Othon dió las órdenes para que el castillo fuese bloqueado sin que fuera posible comunicación alguna con el exterior. Othon se preguntaba muchas veces que habría sido de los veintiocho caballeros que habían acompañado al baron, todos pertenecientes á la primera clase de la nobleza, sus mejores oficiales y sus súbditos mas decididos. ¿Habrían sido muertos? ¿Estarían prisioneros? ¿Qué querían y qué hacían los condes? He aquí las preguntas que el emperador se hacía sin darse contestación satisfactoria.

El armisticio se respetaba en apariencia, pero el bloqueo se mantenía con todo rigor.

Una mañana, un escudero del soberano penetró apresurado en la tienda.

—Señor, exclamó: el conde Eduardo de Erbestein demanda audiencia de vuestra majestad.

—¿Me envía una misión el conde? replicó Othon admirado.

—No, está él mismo en el campo.

—¿En mi campo; con sus hombres de armas! replicó furioso el emperador.

—No, el conde viene solo, hasta sin escuderos; solamente le acompañan los cuatro capitanes que vinieron con el baron Bernardo para apoderarse del castillo.

—¡Ellos! dijo el emperador, ¿no han muerto? quiero verlos.

—Señor, los cuatro caballeros, me han encargado declarar á V. M. que han jurado por su honor, no abandonar ni

un solo instante al conde Eduardo, el cual trae el salvo-conducto dado por V. M.

—¿Y quiere hablarme? preguntó el emperador reflexionando.

—Sí.

—Dad la orden entonces, de que mis caballeros se reúnan y recibiré solemnemente al conde Eduardo de Eberstein.

Cumplieron las órdenes del emperador que rodeado de su nobleza, recibió á Eduardo y á los cuatro prisioneros. Avanzó el conde hasta una distancia respetuosa y con voz firme exclamó:

—Señor, uno de vuestros capitanes, con desprecio del honor y de la fé jurada, ha tratado de apoderarse traido-



Los caballeros entregaron sus espadas al conde Enrique de Eberstein.

ramente de nuestro castillo. Ha osado decir que esta infamia os sería agradable, no le hemos creído y para castigar su osadía le hemos mandado ahorcar de lo alto de nuestra torre y debajo de nuestra bandera.

—¡Ahorcar! gritó el emperador; ¿habeis ahorcado á uno de mis capitanes? Pues, bien, miserable, yo á mi vez voy á mandar que te ahorquen.

—No lo creo, contestó friamente Eduardo. Ved aquí el tratado de armisticio propuesto por vos, firmado de vuestra mano, y sellado con vuestro sello. Tratado que aun faltan ocho dias para que concluya; ved tambien el salvo-conducto que nos enviásteis y que asegura mi libertad. He venido solo y sin escolta, fiándome en la palabra del emperador.

—Has hecho bien, contestó Othon. Al hablarte me he de-

jado llevar por la cólera, pero estás aquí bajo mi protección, y volverás cuando quieras á tu castillo con una escolta de los míos, que irá á tus órdenes, pero entretanto, ¿qué es lo que deseas proponerme?

—Vengo á deciros, señor, que la guerra que habeis emprendido contra nosotros, se prolongará indefinidamente sin ventaja para ninguna de las dos partes. No pudiendo vencernos por medio del asalto, queréis reducirnos por hambre y esto es todavía mas imposible. Nuestros almacenes y graneros, están provistos para muchísimo tiempo. He llevado conmigo á estos nobles caballeros, les he hecho ver todo y pueden deciros si la esperanza de conquistar el castillo, es realizable mientras nosotros vivamos.

El silencio de los caballeros atestiguaba la verdad de estas palabras.